



CAPÍTULO
GENERAL
2021 | CARMELITAS
DESCALZOS

**Ser
frailes carmelitas descalzos
hoy**

Declaración sobre el carisma
carmelitano-teresiano

Casa Generalizia Carmelitani Scalzi
Corso d'Italia, 38 – 00198 Roma

Octubre 2021

Presentación

Queridos hermanos:

Nos une una misma vocación al Carmelo, una misma ilusión por servir al Señor, en el hoy de la historia; tiempo de crisis, tiempo oportuno y bello; tiempo difícil, tiempo fecundo; tiempos recios, decía Teresa, y, por eso, tiempos en los que Dios se regala con nuevo rostro y nueva vitalidad. El Carmelo renace en cada carmelita, se reestrena en la pequeña gran historia de alianza escondida y viva entre Cristo y sus amigos. Las crisis, lejos de apocarnos y asustarnos, nos lanzan a lo esencial y al fuego de los orígenes: “Esta crisis, si tiene algo de bueno — y ciertamente lo tiene— es precisamente devolvernos a lo esencial, a no vivir distraídos por falsas seguridades”. Esto nos dijo el Papa el 11 de septiembre pasado (2021), en nuestro encuentro con él, durante el Capítulo General. El momento que vivimos nos impele a lo ‘esencial’, más que nunca. Además, el Papa nos animó a revisar nuestra salud y a avivar la llama viva de los orígenes: “Este contexto también es favorable para que examinéis el estado de salud de vuestra Orden y alimentéis el fuego de vuestros orígenes”.

El fuego de los orígenes no es añoranza del pasado. Es fe en el presente fecundo de Dios. El carisma no se agota en los fundadores, sino que se hace rico encarnado en cada época, en cada contexto histórico y geográfico, en lenguajes diferentes, en cada carmelita llamado a ser una resonancia fiel y original de aquella experiencia viva que animó a Teresa

de Jesús, a Juan de la Cruz, a Isabel de la Trinidad, a Teresa del Niño Jesús, a Edith Stein, al P. Gracián, al hermano Lorenzo, a Chiquitunga... y a tantos anónimos hijos e hijas de Teresa. El desafío de la llamada recibida nos urge a una aventura inédita en la misma familia de nuestros santos Padres pasados, en profunda comunión con todos nuestros hermanos hoy, y con la mirada en los que están por venir, piedras vivas de un Carmelo que se deja recrear, porque es fiel a sus raíces.

Con gozo y esperanza os presento la *Declaración sobre el carisma carmelitano-teresiano*, aprobada en el pasado Capítulo General del 2021. Dicho documento es el fruto de un esmerado y largo proceso de reflexión y de diálogo llevado a cabo en los últimos años por los religiosos del mundo entero, en el contexto de la renovación permanente a la que nos llama con insistencia la Iglesia.

La propuesta de elaborar un texto sintético y actualizado sobre nuestra identidad se planteó en el Capítulo General del 2015, celebrado en Ávila en pleno V Centenario del nacimiento de Teresa de Jesús. El camino que hicimos juntos toda la Orden de releer los escritos de la Santa como preparación al Centenario de su nacimiento, nos animó a profundizar en el conocimiento de su experiencia y su magisterio, pero, sobre todo, avivó en nosotros el deseo de comprender y vivir a fondo el carisma que ella recibió y que nosotros quisiéramos encarnar y revitalizar hoy, aquí, ahora.

A partir de entonces dimos un paso más, y las comunidades intensificaron el compromiso de revisar la vida a la luz de nuestro carisma y misión en la Iglesia, con la relectura compartida de las Constituciones. Al finalizar esa etapa, el Definitorio Extraordinario celebrado en Goa (India) en 2019 decidió emprender la elaboración de una Declaración sobre la vida carmelitano-teresiana que expresara de forma sintética y actualizada nuestra identidad de carmelitas descalzos.

El P. Saverio Cannistrà, General de la Orden, resumía así la intención de esta propuesta: “El objetivo de una declaración carismática tendría que ser ayudar a leer y comprender el carisma y las Constituciones en modo adecuado al momento actual, a sus desafíos y a

los diversos contextos socioculturales en los cuales la Orden está presente (...). Si bien no hayan cambiado los elementos esenciales de nuestra identidad carismática, tenemos la necesidad de decirlos de nuevo en un modo que nos ayude a comprenderlos y a asimilarlos en profundidad para poderlos después traducir en un concreto estilo de vida personal y comunitario. No se trata de introducir elementos nuevos, sino de recolocar aquello que ha sido transmitido en el contexto antropológico y cultural de hoy.”

Inmediatamente después se inició la redacción del documento, bajo la coordinación del Definitorio. El borrador inicial se fue enriqueciendo gracias a las reflexiones de los capítulos trienales de las circunscripciones y de los religiosos de toda la Orden que quisieron hacer sus aportaciones, con una participación especial de los jóvenes, reunidos en las distintas zonas geográficas. Finalmente, el Capítulo General del 2021 retomó, discutió, dialogó y concluyó la elaboración del escrito, aprobándolo oficialmente.

La Declaración sobre el carisma carmelitano-teresiano que tienes en tus manos es un documento nuevo, original y creativo, a la vez que contiene los elementos que han marcado nuestra tradición y nuestra herencia. La hemos escrito los religiosos de la Orden, que somos también sus primeros destinatarios. No nos olvidamos de nuestras hermanas las carmelitas descalzas, ni de los miembros del Carmelo Seglar, con quienes nos sentimos y formamos la única familia del Carmelo Teresiano. Ofrecemos con espíritu fraterno un texto que puede ser motivo de meditación, reflexión y de inspiración para toda la Orden. Sin embargo, somos conscientes de que tanto nuestras hermanas las monjas como nuestros hermanos los laicos tienen sus propias características y su especificidad, y sabemos que si hubiéramos querido elaborar un texto igualmente válido para las tres ramas del Carmelo tendría que haber nacido de una reflexión compartida entre todos, monjas, laicos y frailes. Este camino es el que deseamos hacer como Orden en el momento que nos toca vivir y que irá madurando en un diálogo común necesario. La Declaración sobre el carisma nació de lo que el Papa ha expresado como

una urgencia vital: revisar nuestra salud y el fuego de los orígenes, renombrando qué significa ser carmelita descalzo hoy.

La Declaración no tiene un carácter jurídico, sino que expresa en modo resumido y articulado los elementos esenciales del carisma carmelitano-teresiano, tal como nos sentimos capaces de expresarlos hoy. El carisma en ella contenido se ofrece como criterio de discernimiento para nuestro modo de vivir y para las decisiones que estamos llamados a tomar. La Declaración, en cuanto resumen de lo esencial de nuestro estilo de vida, es plenamente vinculante, y sintetiza la formulación actual del carisma.

Os invitamos a todos, superiores y comunidades, profesos y formandos, jóvenes y mayores, a acogerla, asimilarla y sacar de ella las necesarias consecuencias prácticas. El primer paso será una lectura pausada y reflexiva, meditada, y recibirla de modo que podamos captar su alcance, asimilar su contenido, que nos dinamice, nos interpele y nos ponga en camino. Invita a una experiencia de vida, no a una simple teoría bella e inofensiva. ¿Cómo podremos trazar vías concretas para llevar a la práctica su vitalidad, de modo que traiga frutos de renovación para todos nosotros?

El carisma, como el Evangelio, solo puede ser vivido en modo inculturado. En un tiempo en el cual nuestra presencia es verdaderamente universal, resulta imprescindible un trabajo serio y profundo de diálogo entre el carisma de siempre y las diversas culturas en las que vivimos, de tal forma que se alimenten recíprocamente. Queremos animarnos mutuamente a la aplicación práctica de esta Declaración: tanto el Definitorio general, como los superiores provinciales y sus consejos, los superiores locales y cada uno de los religiosos. Nuevamente, los capítulos de las circunscripciones, conociendo y valorando la propia realidad local, podrán identificar y proponer los medios más adecuados para dar vida a los principios contenidos en la Declaración.

El Papa nos dijo también el 11 de septiembre: “No debéis imitar la misión de otros carismas, sino ser fieles al vuestro, para dar al mundo lo que el Señor os ha dado para el bien de todos, es decir, el agua viva de la

contemplación”, añadiendo que “la armonía entre estos tres elementos: amistad con Dios, vida fraterna y misión, es una meta fascinante, capaz de motivar vuestras decisiones presentes y futuras.”

Ponemos esta Declaración en vuestras manos, queridos hermanos, ¡Ojalá sea un instrumento renovador!, que nos impulse y anime a vivir y a servir unidos, una misma familia, verdadera y auténtica comunión. En el fondo de nuestro corazón escuchamos un desafío provocador que nos empuja a redescubrir la llamada de Dios personal y comunitariamente y nos pide renovar la pasión por Él, el deseo de responder a su amor primero y a vivir siempre en su amistad.

¡Pongámonos en marcha! Dios es tradición y novedad, permanencia y desafío, hogar y camino. En este éxodo (Iglesia y Carmelo en salida) obediente (escucha atenta que ausculta la vida) en el que nos encontramos hoy con toda la humanidad, en busca de la tierra prometida, nos sentimos hermanos de todos los hombres y mujeres, ancianos y niños que experimentan la necesidad de buscar con valentía y humildad quiénes somos, quiénes estamos llamados a ser y cuál es el sueño salvador de Dios para nuestra tierra. Ser hijos de Dios, carmelitas descalzos en la escuela de María y de José, de su mano, peregrinos de la Fe, escuchando día y noche la Voz de Dios, su Palabra, en el corazón de la historia de nuestros días.

“Santa Madre Teresa, mira desde el cielo a esta tu familia y cuida de ella con amor, corona la obra que un día emprendiste en la tierra.”

P. Miguel Márquez Calle
Prepósito General

Roma, 15 de octubre de 2015, fiesta de santa Teresa de Jesús.

Ser frailes carmelitas descalzos hoy

Declaración sobre el carisma carmelitano-teresiano

Aprobada por el Capítulo General OCD 2021

Introducción [C (= Constituciones OCD) 1, 14]¹

El Carmelo Teresiano, iniciado por santa Teresa de Jesús siguiendo la estela de la antigua familia religiosa del Carmelo, cuenta ya con una larga y fecunda historia. Con el tiempo se ha extendido por todo el mundo y ha asumido formas y estilos diversos, encarnándose en una multiplicidad de culturas y floreciendo en numerosas figuras de santidad. La diversidad existente en la realidad actual de la Orden en cuanto a origen, cultura, formación, sensibilidad y actividades nos lleva a dar gracias por la fecundidad de nuestro carisma, pero al mismo tiempo nos pide cuidar la fidelidad a los elementos perennes del carisma,

¹ Siglas de las obras de santa Teresa de Jesús: CV: Camino de Perfección (Valladolid); CE: Camino de Perfección (Escorial); F: Fundaciones; M: Moradas (Castillo interior); V: Libro de la Vida.

así como la unidad de nuestra familia, partiendo del espíritu común que nos constituye en un solo cuerpo.

Hoy sentimos intensamente el gran desafío de asumir la riqueza del carisma que nos ha sido dado y de seguir actualizándolo para que adquiera nueva vitalidad y se mantenga siempre actual. El carisma que Teresa de Jesús recibió, vivió y transmitió es una realidad dinámica, que se desarrolla y se expresa en formas siempre nuevas.

Nacido de raíces proféticas y marianas, el carisma teresiano se ha enriquecido y desarrollado a lo largo de los siglos gracias a los principales santos de nuestra Orden. Además de Juan de la Cruz, que junto con Teresa representa el momento inicial y fundacional de la Reforma, pensemos en santa Teresa del Niño Jesús —Doctora de la Iglesia junto a los dos místicos españoles—, que ha abierto el camino de la infancia espiritual; santa Isabel de la Trinidad, que ha dado testimonio de la experiencia única e íntima del misterio trinitario; san Rafael de San José (Kalinowski), promotor de la unidad de la Iglesia; santa Teresa Benedicta de la Cruz, que al profundo amor a la verdad ha unido la ofrenda de la vida en los campos de exterminio. Del mismo modo, la riqueza del carisma carmelitano se nos confía a nosotros, personalmente y comunitariamente.

Debemos “ir comenzando siempre” (F 29,32) para poder ser “cimientos de los que están por venir” (F 4,6), sin permanecer prisioneros de un pasado glorioso pero actualmente superado, y sin dejar pasar la gracia del momento presente, en el que estamos

llamados a trabajar concretamente para construir el Carmelo que nuestro tiempo necesita.

El Concilio Vaticano II pidió explícitamente que se iniciara una renovación adecuada (*accommodata renovatio*) de la vida religiosa, y poco después Pablo VI precisó que dicho proceso debe mantenerse continuamente activo: “Por lo demás la adecuada renovación no se podrá alcanzar de una vez para siempre, sino que ha de ser fomentada incesantemente, mediante el fervor de los miembros y la solicitud de los Capítulos y de los Superiores” (*Ecclesiae Sanctae* I,19).

La redacción postconciliar de las nuevas Constituciones y Normas Aplicativas fue una etapa fundamental para la renovación pedida por el Concilio. Sin embargo, la rápida y profunda evolución que se está produciendo en la sociedad y en las culturas, como también dentro de la Orden, exige un discernimiento permanente para responder de modo carismático y siempre actualizado a la realidad contemporánea. Siguiendo las indicaciones de la Iglesia, nos sentimos impulsados a reavivar el deseo y la práctica de una renovación constante —así lo pidió el Concilio Vaticano II—, condición esencial para una fidelidad encarnada a nuestro carisma.

En el proceso de configuración a aquello a lo que hemos sido llamados, tenemos también un modelo seguro en “nuestro glorioso padre san José”. Nuestra vocación nace con el generoso don de sí, y culmina en la maduración del don de la paternidad; de esta es modelo luminoso el corazón de san José, padre de Jesús, cuya plena y feliz paternidad consistió en el don total de sí mismo (cf.

Papa Francisco, *Patris corde*, 7). Nos ponemos confiadamente en las manos de tal padre, junto a santa Teresa de Jesús y los santos del Carmelo, en la lectura y la aplicación de este documento.

I. La respuesta a una llamada

1. La experiencia de la vocación [C 15b, 104]

En el origen del camino de vida religiosa y carmelitana de cada uno de nosotros reconocemos una llamada personal de Dios. No nos ha conducido al Carmelo nuestra propia decisión, sino una libre elección divina, que cada uno ha experimentado de forma personalizada. Somos conscientes de que la llamada y la respuesta son obra del Espíritu: el Espíritu del Resucitado que llama, que hemos recibido en el bautismo y que anima la libertad de la persona que responde.

2. En camino hacia la identidad

La libre respuesta personal, con la cual se acepta la llamada, constituye el inicio de un itinerario de discernimiento, de acogida y de asimilación progresiva de la identidad carismática. Dicha identificación irá creciendo y madurando en un proceso que durará toda la vida.

3. La llamada siempre presente [C Epílogo]

La preocupación por el futuro no debe hacernos perder de vista la experiencia de la llamada, que es la base sólida sobre la cual se apoya nuestra existencia. No sabemos cuál será el futuro de la

Orden, y menos aún el de la porción a la que pertenecemos. Ni siquiera sabemos la forma que tomará la vida consagrada, o qué cambios experimentarán las instituciones eclesiales que estamos acostumbrados a considerar como inmutables. Sin embargo, no debemos preocuparnos de esto, sino de caminar a la luz de la experiencia que guardamos en el corazón, de la cual ha brotado y sigue brotando nuestra vida y nuestra identidad espiritual. Se nos puede quitar todo, pero no esta “fuente escondida”, que alimenta nuestra esperanza.

II. Carisma y formación

4. Una identidad en formación

La reflexión sobre la formación y la reflexión sobre la identidad no pueden separarse. La identidad carismática, en efecto, existe solo como identidad-en-formación, o sea, en un proceso de identificación personal y comunitario, y la formación existe solo en función de una identidad que hay que reconocer y desarrollar.

5. La reforma teresiana como camino de formación [C 5, 9]

La reforma de Teresa ha sido, sobre todo un camino de formación para reaprender a vivir la vocación carmelitana sobre la base de una nueva experiencia de unión con Dios. Sus escritos, particularmente el “Camino de Perfección”, nacen como instrumentos de formación a un determinado modo de vivir la relación con Dios, con uno mismo y con los compañeros de camino. Análogamente, también el retorno a las fuentes del

carisma auspiciado por el Concilio Vaticano II debería ser realizado con vistas a una re-forma, para re-aprender a vivir la vida religiosa tal como Teresa de Jesús y Juan de la Cruz nos la han enseñado. En efecto, debemos reconocer que, a pesar del camino que la Orden ha recorrido a partir del Concilio —sobre todo por lo que respecta a la reflexión teórica—, seguimos aún en busca de una forma de vida que sea plenamente fiel a las intuiciones originarias de Teresa y adecuada a los tiempos y los lugares en que vivimos.

6. *La formación integral [C 108]*

La respuesta a la llamada introduce en una experiencia de vida que tiene unas características específicas y que ha sido desarrollada, vivida y transmitida ya por otras personas que forman la familia religiosa del Carmelo Teresiano. Para quien ha sido llamado a ella se abre un camino de asimilación y de maduración humana, evangélica, espiritual, intelectual. De este empeño depende el futuro de la propia vocación y cada uno, al responder a la llamada, asume personalmente la responsabilidad de trabajar en la propia formación.

7. *La comunidad como ámbito de formación [C 109]*

Una buena formación no podrá ser jamás la tarea de una sola persona, sino de una comunidad cohesionada con un estilo de fraternidad específico, comprometida en el “desengañarse unos a otros” (V 16,7). La identidad concreta de un grupo se reconoce precisamente en la calidad de su obra colectiva de formación de ellos mismos, así como de los nuevos miembros. Vivir en

comunidad día a día nos “forma”, o sea, nos acostumbra a pensar, a juzgar y a obrar en un modo y no en otro.

8. *Toda comunidad es formativa [C 129]*

La formación no debe limitarse solo a las casas de formación inicial. Todas nuestras comunidades están llamadas a ser estructuras formativas, capaces de estimular y acompañar el desarrollo de las personas y de darles una identidad nueva. Cada comunidad ha de ser una realidad que haga crecer y madurar a las personas, las haga más orantes y fraternas, más amigas de Dios y más solícitas del bien de su pueblo. Ciertamente, no existen comunidades ideales o perfectas, sino que una comunidad religiosa existe como tal en cuanto está en búsqueda y en camino hacia la plenitud de su vocación carmelitana. Si perdiera de vista esta meta, se transformaría inevitablemente en algo distinto.

9. *Siempre en formación [C 126]*

Se trata por tanto de saberse habitados por una identidad dinámica, que crece y se desarrolla. Una vez asumida, es custodiada y actualizada continuamente, también como respuesta a los cambios del contexto en el cual se vive y a los signos de los tiempos. La vida entera del carmelita se convierte en un camino sin pausas, sabiendo que cuando no se avanza, se está parado, y que quien no crece, disminuye. Sobre todo, estamos invitados a vivir en una actitud constante de disponibilidad a aprender y a crecer, con una verdadera *docibilitas*, que nos abra a una actualización permanente. Esto vale para cada persona, para cada comunidad y para toda la Orden. En este proceso de formación resulta

fundamental la integración progresiva de los votos en la propia vivencia religiosa carmelitana. Los votos no son un estado de vida adquirido y estático, sino valores que hay que asimilar y cultivar día tras día. De esta forma, la experiencia vivida de los votos contribuye de forma decisiva al proceso de formación permanente.

10. La preparación intelectual [C 90, 101, 125]

Además de la experiencia de Dios en la oración, una dimensión fundamental de la formación, de la que Teresa era muy consciente, es el estudio serio y profundo de la teología y de la espiritualidad, como también de las ciencias humanas que nos ayudan a conocernos mejor a nosotros mismos y al mundo en que vivimos. Para estar en condiciones de ofrecer un servicio cualificado a la Iglesia y a la humanidad, ninguno de nosotros puede prescindir de una preparación seria y siempre actualizada. La Orden en su conjunto tiene necesidad de intensificar la investigación y el estudio, en particular sobre nuestros santos, en diálogo con el pensamiento contemporáneo. Solo de este modo podremos seguir presentando de forma significativa la riqueza de la espiritualidad del Carmelo Teresiano. Será útil, en este sentido, potenciar los centros académicos y las publicaciones, y promover los estudios de especialización.

III. Carisma y visión teresiana del hombre

11. El modo carmelitano de ser humano y cristiano

Ser carmelita descalzo es un modo concreto de vivir la condición humana y la identidad cristiana. El carisma teresiano contiene una antropología, una visión particular de lo que significa ser hombre o mujer, que no es diversa de la que propone el Evangelio, visto desde una perspectiva concreta. Estamos convencidos de que la visión teresiana de la persona demuestra su particular actualidad ante la búsqueda de sentido y de felicidad de la humanidad de hoy.

12. La verdadera dignidad humana [C 10]

En nuestro contexto cultural, es iluminadora la propuesta antropológica de Teresa de Jesús, que parte de su experiencia personal de la dignidad extraordinaria de la persona humana: “No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad” (1M 1,1). La dignidad humana no depende ni de la belleza física ni del prestigio social, fundado en la riqueza, el poder o el origen aristocrático; todo esto forma parte de la “negra honra”, uno de los ídolos del tiempo de santa Teresa, al cual ella se niega a rendir pleitesía. La incomparable grandeza de la persona humana deriva del hecho de haber sido creada por Dios y elegida por él como su morada.

13. La interioridad habitada

La intuición de Teresa de Jesús, que constituye la base del carisma teresiano, es que la respuesta a los deseos y a las

necesidades más profundas del corazón humano se halla dentro de nosotros mismos, en el “castillo interior” del alma, en nuestra interioridad, que está habitada por el mismo Dios Trino. Bajo este aspecto es grande la sintonía con la Sagrada Escritura, que proclama: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1Cor 3,16); y también: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23).

14. Entrar en sí mismo [C 63]

Desgraciadamente, es posible, e incluso frecuente, pasar la vida fuera de nosotros mismos, en la exterioridad, en la apariencia y en la superficialidad: “Hay muchas almas que se están en la ronda del castillo (...), y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene” (1M 1,5).

Es necesario volver hacia nosotros mismos para descubrir las riquezas que tenemos dentro; la primera de todas, el huésped que nos habita, la alteridad de la cual procedemos y hacia la cual nos dirigimos. Volver hacia nosotros mismos significa aprender a escuchar el diálogo interior que se desarrolla en nosotros, la relación fundamental sobre la cual nuestro ser se funda. Mirándonos en él es posible entrar sin miedo en nosotros mismos y afrontar las oscuridades, las heridas y los conflictos que forman parte de nuestra identidad. “Pues pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando

nuestra miseria y lo que debemos a Dios y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino” (2M 11).

15. Vivir y testimoniar al hombre nuevo

Los carmelitas descalzos tenemos la responsabilidad y la obligación de mostrar a la humanidad este tesoro que nos ha sido transmitido y que hemos acogido. Sin embargo, para ser capaces de ello, es necesario que primero nosotros mismos hagamos una experiencia profunda de nuestra interioridad y de la unión con Dios, que nos transforma a imagen de Cristo, el hombre nuevo (cfr. 2Cor 3,18). Una experiencia auténtica del Dios presente en nosotros nos impulsa a reconocer la presencia de su Espíritu en las situaciones del mundo y nos llama a salir de nosotros mismos para reconocer los signos de Dios en la historia.

16. Vivir en relación

Así pues, ¿qué debemos reaprender en la escuela de Teresa de Jesús, de Juan de la Cruz y de los demás maestros del Carmelo? En una palabra, se podría decir: debemos aprender a “estar en relación”, relación con Dios, con nosotros mismos, con el otro, con la Iglesia, con el mundo. La relación, en efecto, es el eslabón más débil de nuestro modo de vivir hoy. La cultura que nos rodea y el estilo de vida que esta produce tienden a centrarse en el yo y a excluir la relación, en cuanto elemento potencialmente desestabilizador, portador de novedades imprevistas, no controlable ni integrable en un sistema. En efecto, es precisamente en la relación donde se sitúa el ineludible misterio de la persona humana.

17. La iniciativa divina

El elemento central de la experiencia teresiana es la relación con Dios. Se trata, ante todo, de una relación que Dios decide establecer con cada uno de nosotros, haciéndonos partícipes de la vida y las relaciones trinitarias. Para Teresa y Juan, el primer y decisivo paso en el proceso de las relaciones con Dios es “caer en la cuenta” (Cántico B 1,1; cfr. también CV 6,3) de quién es el Dios revelado, de su presencia y de su obrar en nosotros. No se trata de un “saber” de tipo intelectual, sino de un conocimiento por experiencia que cambia nuestro modo de estar en el mundo.

18. El Dios revelado en Jesucristo

Esta realidad tan alta y sublime se hace cercana a nosotros, se vuelve experimentable en la persona de Jesucristo, el Dios-Hijo hecho hombre. Él es, en su humanidad, el camino que nos conduce al conocimiento del Padre (cfr. Jn 14,6). El Carmelo Teresiano existe como respuesta al descubrimiento de Cristo que es camino hacia la verdad, la belleza y la bondad del misterio de comunión entre Dios y el hombre y reflejo de la comunión trinitaria. Teresa no habla solo de un dato de fe, sino de lo que ha oído, visto y contemplado (cfr. 1Jn 1,1), de una experiencia que la ha cambiado radicalmente convirtiéndose en centro de su existencia y luz que la orienta en el camino. La fuerza que atrae a Teresa y la fascina es la del amor de Dios revelado en Jesucristo: “Me ha amado y se ha entregado por mí” (Ga 2,20). Teresa se siente literalmente conquistada por el “por mí” inscrito en todo el ser y el obrar de Jesucristo. De él le “vinieron todos los bienes” (V 22,4), y por ello

su crecimiento humano y espiritual podrá desarrollarse solo como una profundización de la relación con él, como un adentrarse en la “espesura” de su verdad, que se va desplegando como verdad de Dios en su vida trinitaria, como verdad de la Iglesia necesitada de reforma, como verdad del mundo que espera la salvación.

19. “In obsequio Iesu Christi” [C 3a, 15a]

La Regla carmelitana recuerda que la finalidad de toda forma de vida religiosa es “*in obsequio Iesu Christi vivere*”, vivir en obsequio de Jesucristo. La fórmula tiene sus raíces en un texto paulino en el cual el apóstol expresa su deseo y sus fatigas para conducir a todos los hombres “a la obediencia de Cristo” (2Cor 10,5), es decir, a la relación de obediencia creyente con Cristo. El término usado por Pablo indica una actitud de escucha dócil, que se convierte en disponibilidad total hacia quien nos ofrece la salvación y el amor de Dios. *Obsequium* es sumisión gozosa a Cristo por la fe. El mismo Pablo vive la relación con Cristo como comunión plena con él: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20). Se trata, en realidad, de una invitación y una llamada dirigidas a todos los cristianos: “Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor” (1Cor 1,9).

20. La relación de intimidad con Dios [C 15c, 53-55]

Teresa de Jesús, partiendo de su historia de vida carmelitana y, más aún, de la propia experiencia íntima y sponsal con Cristo, traduce el “*obsequium Iesu Christi*” por amistad con el Amado. La espiritualidad teresiana tiene en su centro la amistad. Dios es aquel

que habita en el castillo interior de la persona humana, y desde ahí, desde el interior, hace oír su voz, ofrece su amor y espera una respuesta de amor. El carisma teresiano consiste esencialmente en una profunda experiencia de relación, que tiene al mismo tiempo las características de la amistad y del amor. Es una experiencia de amistad, que aspira a ser perfecta en la confianza y la reciprocidad: “Es muy gran cosa traer siempre la conciencia tan limpia que ninguna cosa os estorbe a pedir a nuestro Señor la perfecta amistad que pide la Esposa” (*Conceptos del amor de Dios* 2,21); y es una experiencia de amor, que puede ser definido como esponsal, porque conduce al alma hacia la íntima unión con Dios, a través de un camino progresivo de purificación y de recogimiento: “Serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no solo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía” (Rel 35); “Quizá es esto lo que dice san Pablo: El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con él, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad al alma por unión” (7M 2,5).

IV. Elementos esenciales del carisma

IV.A. La vida de oración

21. Una experiencia de amor [C 15a, 49, 55]

A partir de esta realidad fundamental que es la relación de amistad con Dios, cobran sentido muchos elementos esenciales de

la experiencia y de la propuesta teresiana: la atención a la interioridad, la contemplación, la oración continua. La oración tiene como contenido el encuentro personal con el Dios vivo. En el camino de la oración, todo depende del amor: “No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho: y así lo que más os despertare a amar, eso haced” (4M 1,7; cfr. V 8,5.9; CV 21,1). Es una relación de amistad, una realidad de vida teologal (fe, esperanza, amor) que reconocemos presente en su plenitud en la persona de María, modelo de nuestra vocación.

22. Buscar a Dios y no buscarse a sí mismo [C 54]

En la sociedad moderna abunda y se difunde la búsqueda de la paz interior, de la meditación como vía hacia la serenidad personal, del silencio y de la interioridad, a menudo sin ningún contenido o referencia de tipo religioso. Aunque esta búsqueda sea buena y positiva, se ha de subrayar que la oración carmelitana (y cristiana) tiene un carácter interpersonal, y es siempre experiencia (o, al menos, deseo) de encuentro, diálogo y relación. La oración no puede limitarse a una búsqueda de paz interior, serenidad o bienestar, y mucho menos puede ser una simple obligación que cumplir.

23. Amistad con Dios como estado permanente [C 2, 15c, 66]

La relación con Dios no es una experiencia ocasional, sino que debe convertirse en un estado permanente, como toda verdadera relación de amistad o de amor. Estamos llamados a la unión de amor con Dios, que marca la vida entera en todas sus dimensiones y en todos sus momentos. En nuestra tradición, que remite al

profeta Elías, se habla con frecuencia de “vivir en la presencia de Dios”. Esta expresión indica la meta a la cual tendemos: que nuestra vida entera se convierta en oración, estando constantemente ante el rostro de Dios.

24. La escucha de la Palabra [C 65]

La escucha constante del huésped interior se traduce, entre otras cosas, en la atención a la Palabra de Dios. La tradición carmelitana subraya la importancia de la Palabra de Dios acogida, meditada y vivida. Basta recordar la invitación de la Regla a “meditar día y noche la ley del Señor” (*Regla* 10), y el testimonio de todos los santos del Carmelo, que reconocen la voz del mismo Señor en la Escritura y en la oración personal.

25. La comunidad que ora [C 56-61, 78]

La relación con el Señor se vive no solo en comunidad, sino también como comunidad, particularmente en la celebración de la liturgia. Cada uno de los miembros necesita la compañía de los hermanos para presentarse ante el Señor como la Iglesia que dice a su Esposo: “¡Ven!” (Ap 22,17). Expresión privilegiada del encuentro comunitario con él es la eucaristía concelebrada. Lo es también celebrar juntos la oración de la Iglesia en la Liturgia de las horas y practicar juntos la oración mental.

26. La oración mental [C 64]

Para mantener la relación personal con Dios y para ser fieles al carisma teresiano no podemos prescindir de la oración mental. Para cada uno y para cada comunidad es esencial dedicar a ella un

tiempo diario específico, libre de otras ocupaciones, como también disponer de un lugar propicio para este tipo de oración. Se trata de una exigencia fundamental de nuestra vocación, que de este modo se reafirma y se renueva constantemente, así como de nuestra misión para la Iglesia y para el mundo.

27. La soledad y el silencio [C 68]

Resulta imprescindible la exigencia de soledad y silencio de la vocación contemplativa, la necesidad de estar “muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (V 8,5). Es necesario hacer la experiencia del desierto, dejando que un amplio espacio permanezca vacío y que un largo tiempo transcurra en silencio para que la presencia de Dios pueda ocuparlo. En la era digital no es tanto la soledad física lo que nos espanta sino el estar “desconectados”, incomunicados de esta especie de *anima mundi* en que se ha convertido el mundo virtual de Internet y de las redes sociales. La ausencia de conexión (y no ya de relación) provoca angustia, nos proyecta hacia atrás en una ineludible confrontación con nosotros mismos. En el silencio de informaciones, imágenes y contactos se abre el vacío de una región interior no explorada, no conocida, y, sin embargo, absolutamente nuestra, y por ello inquietante.

28. El desasimiento [C 25, 30, 33, 67]

Uno de los elementos más subrayados en nuestra tradición, comenzando por Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, es el desasimiento, absolutamente necesario para llegar a ser libres y poder encontrar solo en Dios la verdadera riqueza y experimentar

que “solo Dios basta”. El desasimiento debe ser, sobre todo, interior, pero también exterior. En una sociedad orientada hacia el consumismo, incluso los religiosos somos fácilmente tentados de poseer o de usar muchas cosas y de hacer siempre nuevas experiencias. Sin un desasimiento radical y sin un estilo de vida sobrio, no es posible vivir la vida contemplativa-comunitaria: “regalo y oración no se compadece” (CV 4,2).

29. Pasión por Dios

La comunión con el Señor da sentido y vigor a nuestra vida carismática. Es necesario cultivarla y alimentarla diariamente para que no se apague la llama del amor y la vida no se vuelva gris y rutinaria. La acidia es, indudablemente, uno de los peligros de nuestra situación actual, a menudo encubierta bajo formas de activismo y de múltiples y cambiantes intereses. Solo una renovada pasión por Dios puede resguardarnos de tales peligros.

IV.B. La fraternidad

30. Soledad y fraternidad

Existe un modo de concebir y de practicar la vida contemplativa que es específicamente teresiano. La relación de amistad con Dios es personal, pero de ninguna manera individualista; no puede ser vivida de forma solitaria. Por esto, el carisma teresiano tiene una fuerte dimensión comunitaria. La fraternidad, con sus alegrías y sus fatigas, es, en la experiencia y en la enseñanza de Teresa, una ayuda indispensable para realizar nuestra vocación de amigos de Dios.

31. *“Ermitaños en comunidad” [C 11]*

En efecto, si por una parte Teresa se mantiene fiel a la antigua tradición del Carmelo, reafirmando la importancia de algunas dimensiones del estilo de vida eremítico (soledad, silencio, desasimiento), por otra parte considera también esencial la experiencia de vivir en comunidad. El equilibrio entre estos dos aspectos de la vida contemplativa es fundamental para el Carmelo Teresiano. Teresa quiere que sus hijas lleven un estilo de vida “no solo de ser monjas, sino ermitañas” (CV 13,6), “que a solas quisieren gozar de su esposo Cristo” (V 36,29), y que se fijen en el modelo de la primera generación de ermitaños del Monte Carmelo (cfr. F 29,33; CV 11,4; 5M 1,2). Al mismo tiempo, excluye para sus monjas una vida puramente eremítica. Su deseo es que “aquí todas han de ser amigas” (CV 4,7) y que incluso los frailes aprendan el “estilo de hermandad” practicado en sus comunidades, especialmente en los momentos de recreación, como demuestra la experiencia de Valladolid (F 13,5).

32. *Amigos de los amigos de Dios*

La relación con personas amigas es, para Teresa, un medio fundamental para crecer en la relación con Dios, como escribe en un pasaje del Camino en la redacción del Escorial: “Luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos; siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia” (CE 11,4). Desde este punto de vista, no es posible separar la relación con Dios de la relación con los amigos de Dios. Debilitar la práctica de la relación con el hermano

debilita la vida de comunión con Dios, así como la pérdida o la disminución de la dimensión eremítica conduce inevitablemente a un estilo de relación humana más mundano que evangélico, más propio de la carne que del Espíritu.

33. Una familia en torno a Jesús [C 15e, 73]

La experiencia mística de la proximidad de Jesús y de su humanidad concreta despierta en Teresa la exigencia de dar vida a un nuevo sujeto comunitario capaz de acoger su presencia, según el modelo de la familia de Nazaret (V 32,11), de la casa de Betania (CV 17,5) y del colegio apostólico (CV 27,6). Se trata, en realidad, de construir una familia cuyo modo de ser y de vivir es transformado por la presencia del Señor en medio de ella. Modelos de este proyecto de vida son de modo particular María y José. La novedad de esta intuición ha requerido siglos para ser realmente comprendida y asimilada. En el centro no se halla tanto la “observancia regular” cuanto más bien un tejido de relaciones con Jesús y con los hermanos que transforma las personas y las reúne en unidad.

34. Hermanos de María [C 47, 127]

El nombre que nos identifica en la Iglesia es “hermanos descalzos de María”. Somos “hermanos” y, por ello, la fraternidad no es un elemento accesorio, sino sustancial. La mayoría de los religiosos son también sacerdotes, y nuestro servicio es en gran parte de tipo ministerial. Esto puede llevar inconscientemente a dejar en un segundo plano nuestra identidad de religiosos y de carmelitas descalzos o incluso a considerarla solo una condición

previa con vistas a la ordenación sacerdotal. La posible ordenación deber ser integrada en nuestra identidad religiosa. De este modo la enriquece, pero no la sustituye. No nos llamamos “padres”, es decir, sacerdotes que viven en fraternidad, sino hermanos, y hermanos “descalzos”, es decir, sin otras riquezas o recursos para presentar al mundo que la fraternidad que nos une a María y entre nosotros. Como la fraternidad, igualmente la relación con María no es un aspecto o una devoción particular en el Carmelo, sino que expresa la esencia de nuestra vocación. Existe una especie de reflejo recíproco entre María y la comunidad: por una parte, María es imagen y modelo de la comunidad, y, por otra parte, la comunidad es imagen de María.

35. La construcción de la comunidad [C 86]

Para la vida religiosa en el Carmelo Teresiano es esencial la construcción de la comunidad. Si queremos ser carmelitas, debemos, antes que nada, ser parte de una misma familia. La construcción de la comunidad es la condición para que se pueda emprender el camino contemplativo del que habla Teresa (CV 4,4). Los mismos votos religiosos adquieren en el Carmelo todo su sentido en cuanto predisponen a una vida fraterna, fundada en la acogida del otro, el compartir los bienes, el compromiso en un propósito de vida común. Se es comunidad teresiana cuando no estamos juntos para hacer otra cosa, sino porque el estar juntos por amor a Cristo es en sí mismo un valor. Ser una familia no es un medio para alcanzar otros fines; es un fin en sí mismo. Esto debería ser también un importante criterio de discernimiento de la vocación al Carmelo Teresiano.

36. Comunidad e individualidad [C 72-73]

La comunidad es un conjunto de personas diversas, cada una con su modo de ser y su individualidad, no reservada para sí mismo sino entregada a los hermanos. La unidad no es uniformidad, no suprime las diferencias, sino que las organiza en una tensión fecunda y enriquecedora. Sería muy arriesgado que la comunidad pidiese a cada uno anular o disimular todo aquello que lo hace único y distinto de los demás. Sería una comunidad que se mantendría unida por la ley, no por el amor. En cambio, la comunidad teresiana está llamada a ser el lugar donde cada uno de sus miembros puede experimentar la misericordia de Dios por medio de la acogida de los hermanos.

37. La comunidad que ayuda a crecer [C 85, 137]

La comunidad es el ambiente en el cual todos se animan y se corrigen mutuamente para responder mejor al amor de Dios. Teresa, ya antes de fundar sus comunidades, con el pequeño grupo de personas con las cuales compartía sus inquietudes, quería “juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios” (V 16,7). Esto requiere una exposición de la persona a las relaciones fraternas, en la cual se pone de manifiesto la verdad de su humanidad, el nivel de madurez y la necesidad de crecer. Se trata de abrirse al otro con confianza, de dejar entrar al otro en la propia vida y así llegar a ser hermanos. Con el fin de que la comunidad se convierta, verdaderamente, en lugar de crecimiento personal, es necesario vivir con humildad, es decir, caminar en la verdad: ser

transparentes ante los hermanos, mostrándonos como somos, con las propias debilidades y riquezas, y permitir que los otros nos ayuden, con amor paciente y respetuoso, a conocernos y a reconciliarnos con nosotros mismos.

38. La comunidad teresiana como respuesta al individualismo

La relación con el propio yo, hecha de recogimiento, escucha y progresiva profundización de la conciencia, se sitúa en las antípodas de la actual “obsesión del yo” (*self-obsession*), en la cual, a una ignorancia de la verdad de la persona corresponde una preocupación obsesiva por la propia imagen, el propio bienestar y la propia presunta auto-realización. Opuestos son también los resultados de estas dos distintas formas de situarse en relación consigo mismo: por un lado, el abrirse a la comunidad, por otro, el encerrarse en el individualismo.

La comunidad teresiana constituye una respuesta seria al individualismo desenfrenado de la sociedad actual, que lleva a vivir en el aislamiento y provoca una insatisfacción creciente. Se habla del “monoteísmo del yo” como rasgo característico de nuestro tiempo, en el cual cada uno se pregunta “quién soy yo”; ante esto, la propuesta cristiana sería preguntarse más bien “para quién soy yo”, a la cual, desde una perspectiva carmelitana, se puede añadir “con quién soy yo”.

39. Eclesiología de comunión [C 15e]

La comunidad teresiana es, por otra parte, una manifestación privilegiada de la eclesiología del Vaticano II, fundada sobre la

sinodalidad y la espiritualidad de comunión. Una de las tareas del carisma carmelitano hoy es ser signo para la Iglesia de la importancia de la comunión, de vivir verdaderamente como cuerpo de Cristo, todos unidos a él y a los demás.

40. Una comunidad organizada [C 37-38, 78-80]

La escucha de la Palabra, hecha en el Espíritu, lleva a la obediencia a Dios, con una acogida plena de su voluntad, que se traduce después en la obediencia comunitaria. La comunidad organizada, con sus normas de vida y las tareas asignadas a cada uno, es la forma concreta para salir del propio egoísmo y vivir en lo cotidiano la disponibilidad ante Dios. En la comunidad, se realiza la búsqueda en comunión de la voluntad de Dios, con medios como la obediencia a los superiores, los encuentros comunitarios, las revisiones de vida, la corrección fraterna y la recreación, que conviene recuperar con creatividad de forma adecuada a la sensibilidad y las condiciones de nuestro tiempo.

41. El rol del superior [C 39,143]

La comunidad está formada por hermanos, por lo tanto personas que se sitúan al mismo nivel. Es una comunidad de iguales, pero no una comunidad acéfala: necesita un superior, una cabeza que tenga como oficio el cuidado de la unidad del cuerpo. La tarea del superior no es simplemente “coordinar” o “administrar” la vida y las actividades de los miembros de la comunidad de modo que se desarrollen ordenadamente. Su tarea principal es ser constructor de paz, tejedor de relaciones, animador de la vida fraterna. Por esto es fundamental que su relación con

todos sea de amor mutuo, en el espíritu de Teresa, que decía a las prioras: “Procure ser amada, para que sea obedecida” (*Constituciones 1567*, 34 [XI,1]).

42. Comunidades pequeñas, pero no en exceso [C 129]

Teresa funda pequeñas comunidades, en contraste con su experiencia anterior de un gran número de monjas en el monasterio de la Encarnación. La finalidad es vivir una verdadera fraternidad, una amistad real entre las religiosas: “Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar” (CV 4,7). Por esto, quiso indicar un número máximo de miembros para sus comunidades de monjas (que fluctuó entre trece y veintiuno). En la situación actual de las comunidades de frailes, en cambio, se manifiesta más bien la tendencia contraria, es decir, la de un número cada vez más reducido de miembros: en las provincias antiguas por la disminución de las vocaciones y, en las más jóvenes, porque el criterio prevalente son las necesidades pastorales. Por ello, cada comunidad, teniendo un número suficiente de miembros, debe encontrar las formas adecuadas para expresar la esencial dimensión comunitaria del carisma no solo jurídicamente sino también realmente.

43. Una sola Orden con tres ramas [C 8, 11, 103]

El Carmelo Teresiano se expande a lo largo de la historia en formas de vida múltiples y complementarias. Su expresión más natural y completa se encuentra en las tres ramas de la Orden: las monjas, los frailes y los seglares. Las tres viven en formas distintas el mismo carisma. La realidad multiforme de la familia carmelitana

—formada también por institutos religiosos y laicales agregados— pide entrar en una relación estrecha entre monjas, frailes y laicos, que haga fecunda su complementariedad. El compartir entre los miembros de las tres ramas es fuente de enriquecimiento mutuo y de nueva vitalidad. Por otra parte, la diversidad de formas de vida en el interior del Carmelo Teresiano permite distinguir y poner de relieve el modo específico con que cada grupo expresa el carisma de la amistad con Dios: las monjas, en la oración incesante y la abnegación evangélica al servicio de Cristo y de la Iglesia; los frailes, en una vida mixta de oración y apostolado; y los laicos, en el compromiso de la vida familiar y de trabajo.

44. Nuevas relaciones

Es necesario un nuevo modo de relacionarse y de ayudarse mutuamente entre los tres grupos de la Orden. Sin sentimientos o actitudes de superioridad por parte de nadie, cada uno debe poner a disposición de los demás las riquezas de la propia vida y estar dispuesto a acoger el testimonio y la enseñanza que viene de los otros, para ayudarse mutuamente en la fidelidad renovada a la vocación recibida. Nos reconocemos y nos queremos hermanos los unos de los otros, iguales en dignidad y complementarios en el carisma y en la misión.

IV.C. La misión

45. Llamados para la misión [C 99]

A una vocación corresponde siempre una misión en la historia de la salvación. La misión no pertenece al ámbito de las

actividades, sino que es parte integrante de la identidad de quien es llamado. Es propio de la misión carmelitana manifestarse y comunicarse al mundo como parte integrante de las numerosas identidades carismáticas que enriquecen a la Iglesia.

La misión de nuestra familia religiosa es única y unificadora, y está íntimamente ligada al primado de la unión con Dios en la oración. De esta fuente mana el trabajo apostólico y social que la Orden desarrolla en múltiples formas y en muchas naciones del mundo. Sin embargo, junto a la labor pastoral al servicio de las iglesias locales, hasta las periferias del mundo y pasando por las misiones más pobres, somos invitados a un trabajo de profundización de nuestra misión en relación a los cambios continuos que afectan a la humanidad.

46. La misión de la Orden [C 15d, 100]

La misión del Carmelo Teresiano en la Iglesia es vivir y dar testimonio de la relación de amistad con Dios. Estamos llamados a proclamar lo que hemos visto y oído (cfr. 1Jn 1,1-3), acompañando a las personas en el camino de la vida interior, para que todos puedan tener la experiencia de sentirse amados por Dios, que habita en nosotros y nos llama a responder a su amor. Sin esta base de experiencia vivida no puede haber ninguna misión específica del Carmelo Teresiano.

47. La dimensión apostólica en la experiencia teresiana [C 6-7, 89]

El carisma carmelitano tiene un decidido impulso apostólico, misionero, de servicio. Teresa se deja conmover por la situación de los cristianos en Europa, así como por las noticias sobre la población indígena en América, y siente el deseo irrefrenable de responder a las grandes necesidades de la Iglesia con todas sus fuerzas. Experimenta incluso un fuerte impulso apostólico: “Clamaba a nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio” (F 1,7).

48. Contentar al Señor

El deseo apostólico de Teresa tiene siempre una impronta cristológica, es decir, con la voluntad de “contentar en algo al Señor” y de ayudar “en lo que pudiésemos a este Señor mío” (CV 1,2). Dice incluso: “No pretendo otra cosa sino contentarle” (V 25,19). El verdadero amigo busca hacer siempre lo que agrada al amigo, colaborando con él en un mismo proyecto. Entrar en una relación de amistad con Dios, y hacerlo junto a otros para ayudarse mutuamente, implica, como consecuencia indispensable, estar de manera permanente a su disposición: “Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios” (4M 1,7).

49. Un compromiso de vida [C 87-88, 128]

La misión, para el carmelita, se traduce en primer lugar en la fidelidad al propio compromiso de vida religiosa en comunidad: “Seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo” (CV 1,2). El Carmelo, como toda forma de vida religiosa, no se mide con el criterio de su utilidad o eficiencia. Estamos llamados, más bien, a ser signo visible de Cristo y del Evangelio (cfr. *Lumen Gentium* 44). No se trata de hacer mucho, sino de darse del todo, por amor a Cristo. Esto exige pasar del activismo al servicio, de lo que me agrada a mí a lo que sirve al otro. No cuentan, por tanto, los números, sino la calidad de la vida carismática y el testimonio que de ella se desprende.

50. El valor apostólico de la oración [C 15d]

El testimonio de una vida contemplativa es nuestro primer y fundamental servicio a la Iglesia y a la humanidad. La oración misma tiene el poder de transformar el mundo y a los demás. Lo hace de modo escondido, sin que ni siquiera caigamos en la cuenta de cómo ha acontecido. Nuestra oración cotidiana tiene una intención apostólica y eclesial, y no solo personal o privada, como nos recuerdan tantos ejemplos de la tradición bíblica y de la historia del Carmelo.

51. El multiforme trabajo eclesial [C 91-93, 98]

La misión se desarrolla a través del trabajo concreto del cual Cristo y la Iglesia tienen necesidad en cada tiempo y lugar.

Estamos abiertos a todos los compromisos en los cuales se puede expresar, desarrollar y comunicar nuestra experiencia de Dios, en particular los que nos pide la Iglesia local en la que estamos insertos. Son muchas y variadas las actividades eclesiales compatibles con nuestra forma de vida, aunque no cualquier modo de realizarlas es expresión adecuada de nuestro carisma.

52. Pastoral de la espiritualidad [C 100-101]

En nuestro servicio pastoral ocupa un lugar eminente la voluntad de ayudar a los demás a hacer una experiencia de relación con Dios. Esto se realiza en primer lugar en la confesión y en el acompañamiento espiritual y mediante actividades específicas de iniciación a la oración y de pastoral de la espiritualidad, pero también dando una impronta carmelitana a cualquier otro compromiso eclesial que asumimos. Una forma concreta, en este sentido, puede ser la acogida de personas en nuestras comunidades para compartir con ellas nuestra vida, para hablarles con el ejemplo y el testimonio, más que con las palabras.

53. La misión ad gentes [C 94]

La actividad explícitamente misionera ha estado fuertemente presente en la vida de la Orden a lo largo de los siglos. El espíritu misionero perdura como fundamental para nosotros y no debe menguar. En el contexto actual, tendrá que extenderse a las distintas realidades de nuestro mundo y deberá incluir la necesaria nueva evangelización de regiones que, hasta poco tiempo, eran mayoritariamente cristianas y ahora ya no lo son. Por otra parte, sabemos bien que la misión se realiza no tanto por lo que hacemos,

sino por lo que somos: es esencialmente una cuestión del ser, más que del hacer. La misión fluye de nuestro encuentro personal con Jesucristo, que nos llama a estar con él y a acompañarlo en su misión permanente en el mundo.

54. Atentos al mundo de hoy [C 90]

Si Teresa estuvo particularmente atenta a la realidad de su tiempo, también nosotros, llamados a vivir hoy su carisma, debemos discernir las necesidades de nuestros contemporáneos. No podemos ser insensibles a las necesidades de todo tipo que sufre hoy la humanidad, y nos sentimos llamados a colaborar con la acción evangelizadora de la Iglesia incluso en las formas sencillas y cotidianas características de nuestra vida. Nuestra presencia como carmelitas puede ser significativa en ámbitos hoy relevantes como el diálogo ecuménico, el diálogo interreligioso, la lucha por la justicia y la paz, el diálogo entre la fe y la ciencia, los medios de comunicación social, el compromiso ecológico.

55. El discernimiento comunitario sobre la misión [C 37]

Ante la diversidad de compromisos posibles y las múltiples necesidades de la Iglesia y de la humanidad, e incluso, con frecuencia, de las limitadas fuerzas a nuestra disposición, es más necesario que nunca un buen discernimiento comunitario sobre los compromisos que podemos asumir, para que estos estén verdaderamente en consonancia con el carisma que Dios nos ha confiado y con lo que la Iglesia espera de nosotros. Juan de la Cruz se pregunta: “¿Qué aprovecha dar tú a Dios una cosa si él te pide otra?” (Avisos 73).

56. El carácter comunitario del apostolado [C 15e]

Cada uno de nosotros está llamado a participar en la misión de la Orden con su colaboración personal. La manifestación normal de nuestro servicio a Cristo y a la Iglesia son los compromisos que la comunidad asume y realiza con la colaboración coordinada de sus miembros. Un religioso puede llevar a cabo también un compromiso personal, adecuado a sus propias cualidades y capacidades, siempre con el consentimiento de la comunidad y desempeñándolo como miembro de la misma. En efecto, los dones del Espíritu que cada uno recibe son siempre “para el bien común” (cfr. 1Cor 12,7), sabiendo que somos “cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno a su modo” (1Cor 12,27).

57. El apostolado compartido entre frailes-monjas-laicos [C 102-103]

La dimensión apostólica de nuestra vida tiene sus primeros destinatarios dentro de la misma familia del Carmelo Teresiano. El compromiso apostólico en sus múltiples formas (oración, testimonio, predicación, acompañamiento espiritual, enseñanza, publicaciones) se dirige, en primer lugar, a los frailes, las monjas y los laicos de la Orden. Por otra parte, nuestra familia puede expresar su testimonio y realizar su apostolado más eficazmente mediante la colaboración activa de los miembros de las tres ramas, cada uno según su propia forma de vida.

IV.D. Unidad de oración-fraternidad-misión [C 15b, d, e]

58. Tres aspectos de una realidad indivisible

Los tres elementos fundamentales del carisma teresiano son la oración, la fraternidad y la misión. Sin embargo, lo que lo caracteriza realmente es que los tres están intrínsecamente unidos entre sí y no tienen sentido de manera independiente, sino que se necesitan mutuamente.

59. Tres elementos que se alimentan mutuamente

No se puede vivir, en efecto, la relación de amistad con el Señor sin una verdadera relación fraterna en comunidad y sin un compromiso apostólico como respuesta a la voluntad de Dios. No tiene sentido una vida de comunidad si Cristo no está en el centro y si no desemboca en un testimonio y un servicio a él y a su Iglesia. La actividad apostólica se convierte en una ocupación mundana si no brota de la relación de amor con Dios y no es vivida como expresión del compromiso y del discernimiento comunitario.

60. Una armonía que debe ser cuidada

Uno de los grandes desafíos para el presente y el futuro de la Orden es no solo hacer crecer y consolidar en la vida cotidiana la oración, la fraternidad y el servicio, sino establecer en la práctica una relación profunda y coherente entre los tres elementos.

V. Unidad y diversidad

61. Una pluralidad creativa y armoniosa [C 151]

En tiempos recientes, la Orden ha llegado a ser verdaderamente universal, y se han desarrollado modos nuevos y diversos de vivir el carisma, que, poco a poco, se va inculturando y adaptando a la variedad de los lugares y de los pueblos. Se toman opciones variadas respecto a las relaciones comunitarias, los compromisos apostólicos y el estilo de oración. Se manifiesta así que el carisma no es una realidad estática y uniforme, y se expresa la belleza de la policromía. Sin embargo, no cualquier diversidad es positiva y enriquecedora, lo es solo cuando resulta armoniosa y coherente, cuando está bien unida al conjunto, porque una pieza separada del mosaico no tiene sentido. Una de las necesidades del momento presente es hacer que la pluralidad dentro de la Orden sea vivida con “un corazón solo y un alma sola” (Hech 4,32).

62. Carisma e inculturación

El evangelio solo puede ser vivido de modo inculturado, es decir, encarnándolo en un determinado ambiente sociocultural. Lo mismo se puede decir de la forma concreta de vida cristiana que es el Carmelo Teresiano. En las distintas regiones del mundo, nuestro carisma entra en contacto con las culturas de la humanidad. Carisma y cultura se encuentran en un diálogo llamado a convertirse en fecundo y enriquecedor para ambos. Siempre será necesario un discernimiento crítico para decidir qué elementos de las tradiciones de los diversos pueblos son compatibles con la vida y la identidad del Carmelo Teresiano.

63. La expansión de la Orden

La condición primera y fundamental para implantar la vida carmelitana en una nueva región es poseer un verdadero dominio del carisma, obtenido no solo por vía teórica y conceptual, sino, sobre todo, por asimilación personal y por experiencia vivida. Solo partiendo de un profundo conocimiento del ideal carmelitano-teresiano y de una identificación personal con él se puede transmitir de modo eficaz. Para la expansión de la Orden, por tanto, es necesario apuntar más bien a la calidad de la vida carismática de los misioneros y su testimonio atrayente que a la realización de obras externas, por muy útiles al desarrollo social y humano que sean. Incluso respecto a la acogida de posibles vocaciones es necesario abandonar la preocupación por el crecimiento numérico y asegurarse, en primer lugar, de la aptitud de los candidatos para nuestra forma de vida y de nuestra capacidad para ofrecerles un buen discernimiento y acompañamiento en el proceso de formación.

64. El discernimiento sobre la inculturación

Un criterio fundamental para una adecuada inculturación es la comunión con la Orden. La adopción, en una región particular, de nuevos estilos de vida o de prácticas comunitarias, litúrgicas, pastorales, etc., debe ser decidida a partir de la comunión con la Orden, los valores del carisma y la comprensión objetiva de la situación cultural de la región, a través de un diálogo previo y un discernimiento compartido con los otros miembros de la familia carmelitana.

65. Una Orden formada por provincias [C 146]

Los religiosos de la Orden viven en comunidad. Las comunidades están normalmente agrupadas en una provincia. Según la tradición desde los inicios, una provincia está constituida por un número de comunidades y de religiosos suficiente para garantizar su autonomía en el ámbito del gobierno, de la formación y de la administración económica. A cada provincia le corresponde un territorio delimitado, con la finalidad de favorecer la relación de conocimiento, fraternidad y colaboración entre los religiosos que la constituyen y, por tanto, el sentido de familia, como también para facilitar su organización interna. Otros tipos de circunscripciones menores son posibles, pero normalmente por situaciones excepcionales o provisionales.

66. Las provincias en tiempos de cambio [C 145]

En períodos de cambios veloces como es el nuestro, también la Orden experimenta situaciones nuevas y mutables. En algunas regiones se registra una gran disminución del número de religiosos, mientras que en otras el crecimiento es muy rápido. Estos y otros fenómenos nos exigen reaccionar con decisiones oportunas y adecuadas, que sean el resultado de un discernimiento preciso a la luz del carisma. Las estructuras provinciales y de otro tipo deben ser adaptadas a las condiciones del momento, para que puedan seguir promoviendo los valores esenciales de la Orden. El criterio fundamental no es mantener las presencias, sino proteger y revitalizar el patrimonio espiritual del Carmelo Teresiano. En muchos casos, será necesario y positivo reconfigurar las

circunscripciones, modificar su estado jurídico o sus límites territoriales, y, en cualquier caso, enriquecer en todas partes la colaboración interprovincial, empezando por la formación y la promoción vocacional.

67. Provincias y territorialidad [C 144]

En los últimos tiempos, va creciendo la presencia de comunidades y de religiosos de una provincia en el territorio de otra. Algunas provincias tienen comunidades en diversas regiones del mundo, en lugares muy lejanos entre sí. Se trata, para nosotros, de una práctica nueva, que ha sido tradicionalmente característica de congregaciones modernas de tipo apostólico y con una estructura centralizada. El inevitable discernimiento sobre esta realidad debe tener en cuenta, por una parte, la necesaria flexibilidad para favorecer la acción misionera y la ayuda entre las provincias, y por otra, la preservación de los aspectos esenciales de la vida de una provincia, que no debe perder cohesión, espíritu de familia, posibilidad de relación y colaboración entre sus miembros.

68. El sentido de pertenencia a la Orden [C 143]

Todos juntos formamos la única familia del Carmelo Teresiano, articulada en provincias y comunidades. Es necesario alimentar el sentido de pertenencia a la Orden y favorecer una comunión profunda en su interior. Cada uno debe sentir como propias las experiencias y necesidades, las alegrías y los sufrimientos de los demás, y buscar contribuir con su compromiso de oración, fraternidad y servicio al bien de todos. Hay que potenciar la coordinación y la ayuda mutua a todos los niveles,

promoviendo las iniciativas de colaboración interprovincial, la atención a las necesidades de la Orden, la confianza recíproca entre las diversas instancias de gobierno local, provincial y general, y, sobre todo, la disponibilidad de los religiosos a los servicios que sean requeridos para el bien de la Orden.

Conclusión: del texto a la acción

El objetivo final de esta Declaración no es solo reformular los elementos esenciales de nuestra identidad a la luz del contexto histórico en el que vivimos, sino también iniciar caminos que nos permitan pasar de la teoría a la experiencia, de las palabras a los hechos. Cada circunscripción de la Orden, así como cada comunidad y cada religioso, se comprometerán a orar y reflexionar, para decidir luego formas concretas para poner en práctica la letra y el espíritu de este documento, con el fin de ayudarnos mutuamente a vivir como carmelitas descalzos hoy. Los capítulos provinciales serán el ámbito más apropiado para evaluar y traducir en decisiones las sugerencias y propuestas que surjan de la lectura y meditación de la Declaración. De manera particular, el Preósito General y el Definitorio velarán por una fructífera aplicación práctica de esta Declaración sobre el carisma.

ÍNDICE

Presentación.....	3
Introducción.....	9
I. La respuesta a una llamada.....	12
1. La experiencia de la vocación	12
2. En camino hacia la identidad.....	12
3. La llamada siempre presente	12
II. Carisma y formación.....	13
4. Una identidad en formación	13
5. La reforma teresiana como camino de formación	13
6. La formación integral	14
7. La comunidad como ámbito de formación.....	14
8. Toda comunidad es formativa	15
9. Siempre en formación.....	15
10. La preparación intelectual	16
III. Carisma y visión teresiana del hombre.....	17
11. El modo carmelitano de ser humano y cristiano.....	17
12. La verdadera dignidad humana	17
13. La interioridad habitada.....	17
14. Entrar en sí mismo.....	18
15. Vivir y testimoniar al hombre nuevo.....	19
16. Vivir en relación.....	19
17. La iniciativa divina.....	20
18. El Dios revelado en Jesucristo.....	20
19. “ <i>In obsequio Iesu Christi</i> ”.....	21

20. La relación de intimidad con Dios.....	21
IV. Elementos esenciales del carisma.....	22
IV.A. La vida de oración.....	22
21. Una experiencia de amor.....	22
22. Buscar a Dios y no buscarse a sí mismo.....	23
23. Amistad con Dios como estado permanente.....	23
24. La escucha de la Palabra.....	24
25. La comunidad que ora.....	24
26. La oración mental.....	24
27. La soledad y el silencio.....	25
28. El desasimiento.....	25
29. Pasión por Dios.....	26
IV.B. La fraternidad.....	26
30. Soledad y fraternidad.....	26
31. “Ermitaños en comunidad”.....	27
32. Amigos de los amigos de Dios.....	27
33. Una familia en torno a Jesús.....	28
34. Hermanos de María.....	28
35. La construcción de la comunidad.....	29
36. Comunidad e individualidad.....	30
37. La comunidad que ayuda a crecer.....	30
38. La comunidad teresiana como respuesta al individualismo.....	31
39. Eclesiología de comunión.....	31
40. Una comunidad organizada.....	32
41. El rol del superior.....	32
42. Comunidades pequeñas, pero no en exceso.....	33
43. Una sola Orden con tres ramas.....	33
44. Nuevas relaciones.....	34
IV.C. La misión.....	34
45. Llamados para la misión.....	34

46. La misión de la Orden	35
47. La dimensión apostólica en la experiencia teresiana.....	36
48. Contentar al Señor	36
49. Un compromiso de vida.....	37
50. El valor apostólico de la oración	37
51. El multiforme trabajo eclesial	37
52. Pastoral de la espiritualidad.....	38
53. La misión ad gentes.....	38
54. Atentos al mundo de hoy.....	39
55. El discernimiento comunitario sobre la misión	39
56. El carácter comunitario del apostolado	40
57. El apostolado compartido entre frailes-monjas-laicos.....	40
IV.D. Unidad de oración-fraternidad-misión.....	41
58. Tres aspectos de una realidad indivisible	41
59. Tres elementos que se alimentan mutuamente	41
60. Una armonía que debe ser cuidada.....	41
V. Unidad y diversidad.....	42
61. Una pluralidad creativa y armoniosa.....	42
62. Carisma e inculturación.....	42
63. La expansión de la Orden.....	43
64. El discernimiento sobre la inculturación	43
65. Una Orden formada por provincias	44
66. Las provincias en tiempos de cambio.....	44
67. Provincias y territorialidad	45
68. El sentido de pertenencia a la Orden	45
Conclusión: del texto a la acción	46

